

nizas los templos de la Grecia cuando ocurrió la expedición de Jerjes. Ellos, los que gobernaban el trono y dominaban exclusivamente en su consejo: sin embargo se distinguían de los ministros del culto cristiano por dos rasgos característicos.

Aquellos no creían en la religión que enseñaban; profesaban en secreto otras doctrinas y dirigían sus oraciones al verdadero Dios que gobierna el mundo. Nuestros sacerdotes, en su totalidad profesan los mismos dogmas que predicán (a).

La segunda diferencia característica consiste en la ilustración. Aquellos, particularmente los magos, estudiaban las ciencias; nuestro clero por el contrario hace voto (b) de renunciar a su estudio. Ambos caminos conducen a un mismo objeto: igualmente se domina desde el fondo del tonel de Diógenes que desde lo alto del observatorio de Babilonia.

Pero una institución particular ha contribuido á dar á nuestros ministros un espíritu diferente del de los sacerdotes de la antigüedad; hablo de la confesión auricular. Esta institución ha sido uno de los grandes textos de las declamaciones de los filósofos. ¡Cómo ha de ir, dicen estos, tal vez la inocencia á depositar sus secretos en el seno del crimen, el pudor en el de la inmoralidad, el hombre libre á revelar su pensamiento al tirano! ¡Cómo han de confiarse las indisposiciones entre dos amigos, entre el esposo y la esposa, en fin todo aquello de que solo Dios y nosotros debemos tener conocimiento, cómo ha de confiarse, repiteu, á un hombre débil y sujeto á nuestras mismas pasiones! ¡Sacerdote me arrodillo ante tu tribunal: he pecado; he hecho traición á la amistad, á la hermosura, á la juventud y á la inocencia... Mas yo te veo empalidecer! ¿Serías tú también culpable? ¡Pues que! ¿No eres hombre? Sé, pues, mi amigo, pero no juez; consuélame y permite que te consuele: supliquemos pues á ese Dios que nos creó débiles consienta que mutuamente podamos apoyarnos, á ese Dios que por toda penitencia nos dió el remordimiento (c). Así ratiocinan los filósofos.

(a) Por lo menos esta confesión hace honor al clero. (N. ED.)

(b) ¿Había yo perdido el juicio? ¿Cuándo ha hecho voto el clero de renunciar al estudio de las ciencias? ¿No es él por ventura quien las salvó del naufragio de la barbarie? etc. etc. Semejante aserto bastaría por sí solo para desacreditar un libro. Vea el lector en el *Genio del Cristianismo* probado enteramente el extremo contrario con la enumeración de los servicios que el clero ha prestado á las ciencias. (N. ED.)

(c) La confesión sigue al bautismo. La Iglesia con la prudencia que le es exclusivamente propia ha fijado la época de la confesión en la edad en que puede concebirse la idea del crimen; pues no hay duda de que á los siete años ya tiene el niño nociones del bien y del mal. Todos los hombres, hasta los mismos filósofos por mas que en otros puntos hayan discrepado sus opiniones, están acordes en considerar el sacramento de la penitencia como una de las mas fuertes barreras contra el vicio y como obra maestra de la sabiduría. «De cuántas restituciones, é indemnizaciones no ha sido causa la confesión, dice Rousseau, entre los católicos!» Según Voltaire, «la confesión es una cosa muy excelente, y un freno para el crimen inventado en la antigüedad mas remota: acostumbrábase ya la confesión en la celebración de todos los antiguos misterios. Nosotros hemos imitado esa sabia institución, muy buena para inspirar perdón á los culpables, muy buena para inspirar respeto á los ministros de la religión.»

Si esa saludable institución el culpable tendria que caer en el desaliento. ¿En qué seno descargaría el peso de su corazón? ¿Sería en el de un amigo? ¡Ah! ¿Quién podrá contar con la amistad de los hombres? Los desiertos estarían resonando incesantemente para el criminal con aquel ruido de trompetas que el patriarca Neron creía oír en torno del sepulcro de su madre. Qué dulce debe ser encontrar un Dios dispuesto á perdonar cuando los hombres y hasta la misma naturaleza son inexorables. Solo la religión cristiana pudo hacer de sus hermanas de la inocencia y del arrepentimiento. (*Genio del Cristianismo*, parte 1.<sup>a</sup> lib. 1.<sup>o</sup>, cap. vi.) (N. ED.)

Concluamos con algunas observaciones generales.

El espíritu dominante del sacerdocio debe ser el egoísmo (d). Viéndose el sacerdote aislado en el mundo y extralimitado de la sociedad, no puede menos de concentrarse en sí mismo, y al ver que todos los hombres se ocupan de los intereses que les afectan, no puede menos de dedicarse también al suyo propio. Careciendo de mujer y de hijos, rara vez podrá ser buen ciudadano, porque mirará con indiferencia la marcha del Estado. Para tener amor á la patria es preciso haber dado como Enrique IV una vuelta por su habitación llevando los hijos á la espalda (e).

Otro rasgo general del carácter de los sacerdotes: el fanatismo. En ese particular los sacerdotes son parecidos á todos los demás hombres: cada cual procura hacer valer el comercio de que vive. Estamos sentados en la sociedad como los mercaderes detrás del mostrador de sus tiendas: el uno vende leyes; el otro abusos; quién mentiras; quién esclavitud: el hombre mas honrado es el que menos falsifica las drogas que vende, despachándolas en su estado de pureza; sin disimular su natural amargura con rútolos de libertad, de patriotismo y religión (f).

Finalmente, debe también el odio dominar entre el clero, por la razón de que constituyen una corporación. No es propio de la índole del corazón humano el asociarse para hacer bien, y en eso consiste el gran peligro de los clubs y las confraternidades. Los hombres acostumbran poner en común sus odios, pero casi nunca su amor (g).

#### CAPITULO L.

DEL CLERO ACTUAL DE EUROPA.—ESTADO DEL CLERO EN FRANCIA.

Pasemos á examinar el estado del clero en Europa, principiando por el de Francia.

El clero galicano puede dividirse en tres clases, á saber; obispos, abates y párrocos.

Los obispos al estallar la revolución participaban tal vez demasiado del antiguo espíritu de su orden, pero generalmente eran instruidos y caritativos; conocían mejor que la alta nobleza, el estado de la opinión porque vivían con el pueblo, y si todos hubiesen imitado la conducta de algunos de su clase que tanto se distinguieron por la pureza de costumbres, es de presumir que se hallarían aun al frente de sus rebanos. Pero á pesar del conocimiento que tenían del genio nacional, no se elevaron bastante á la altura del siglo; aunque en este particular fueron menos ignorantes que los cortesanos, cuya ineptitud por lo tocante á este particular fue hasta repugnante (h). He conocido personas que en 1789 me decían: ¡La revolución! De aquí á tres ó cuatro años se hablará de ella como del sonambulismo, ó como del asunto del collar. ¡Desde aquel punto prevé que nos amenazaban grandes calamidades!

(d) Esto podría ser cierto para cualquiera clase de sacerdote que no lo fuera del cristianismo. El ministro cristiano no puede separar su atención de la caridad evangélica, que incesantemente le está inspirando todas las santas ternuras del alma, y el sacerdote no puede menos de ser, atendiendo al espíritu de aquella, el hombre mas compasivo, el hermano mas tierno y el amigo mas leal, y como su divino Maestro, *va practicando el bien.* (N. ED.)

(e) Nuestros revolucionarios, los mas atroces, aquellos tigres que se embriagaban de sangre francesa adoraban á sus hijos: en ningún tiempo hubo mejores padres y *como amaban la patria!* (N. ED.)

(f) Mucho sentiría tener en la actualidad tal fondo de desprecio hacia la raza humana. (N. ED.)

(g) Si eso fuera cierto seria preciso reducir á cenizas las ciudades. (N. ED.)

(h) Este juicio no es demasiado parcial para un novel filósofo. (N. ED.)

Los abates que forman la segunda clase del clero, han sido en parte lo que ha provocado ese diluvio de odios que ha caído sobre la cabeza del clero. Sin embargo no debemos perder de vista que los Raynal, los Mably, los Condillac, los Barthelemy, y otros mil sugetos distinguidos pertenecían á esa segunda clase (a).

El clero parroquial se hallaba, es cierto, lleno de preocupaciones y de ignorancia: pero por la sencillez de su corazón, por la santidad de su vida, por su pobreza evangélica y por su caridad celestial, podía ser considerado como la parte mas respetable de la nación. He conocido algunos, que mas que hombres parecían espíritus benéficos que habían descendido á la tierra para consolar las miserias de la humanidad. Frecuentemente se despojaban hasta de sus propios vestidos para cubrir la desnudez de sus semejantes, y no pocas veces cercenaron su propio alimento para repartirlo entre los menesterosos. ¿Quién se atrevería á criticar á tales hombres por alguna severidad de opinión? ¿Quién de nosotros, orgullosos filántropos querria durante el rigor del invierno, ser despertado á media noche para ir en medio de la oscuridad á llevar lejos, tal vez al campo, un Dios de vida al indigente que está espirando sobre un lecho de paja? ¿Quién de nosotros querria tener constantemente á la vista el abrumador espectáculo de la miseria, sin contar con elementos para poderla socorrer? ¿Verse rodeado de una familia medio desnuda, cuyas hundidas mejillas, cuya vista extraviada anuncia el desahogado del hambre y de todas las necesidades? ¿Nos resignaríamos á seguir al párroco que pasa á la morada del dolor y del crimen, á consolar al vicio y la inmoralidad que se presentarán á sus ojos bajo las formas mas asquerosas, y á derramar esperanzas en un corazón que se cree incapaz de tenerlas? ¿Quién de nosotros se aventaría á separarse del mundo de los dichosos, para consagrarse sin reposo á una vida de miserias, sin mas perspectiva de recompensa por tantos favores dispensados, que la de recibir al espirar ingratitud por parte de los pobres y calumnias por parte de los ricos? (b)

De este ventajoso estado del clero en Francia puede uno prometerse la consoladora idea de que el cristianismo subsistirá por mucho tiempo (c). El sacerdote que vive en medio del pueblo, siendo casi tan indigente como él, es un compañero de desgracia, de quien el miserable hará siempre lo posible por no separarse. El protestantismo no sería nunca á propósito para mis compatriotas (d): no podrían estos cobrar afecto á un ministro que viviera distante de su condición, y á quien tal vez no verían mas que un momento los días de fiesta: los franceses exigen que su párroco sea popular; que esté continuamente á su lado para adorarlo, y alguna vez hasta para llenarlo de injurias. El francés es la criatura mas apasionada; necesita que se le hable con calor, con expresión y con intimidad. Pero téngase también entendido que ese íntimo contacto del pastor con el menesteroso, es uno de los vínculos mas respetables que han llegado á formarse entre los hombres (e). El cristianismo ha adquirido nuevo vigor en Francia por la persecución que

(a) Al fin hago justicia á los abates. (N. ED.)

(b) En vista de este elogio que he copiado en el *Genio del Cristianismo* se comprende lo inoportuno que ha sido decir en el capítulo anterior que el espíritu del sacerdocio es el egoísmo. (N. ED.)

(c) Exactamente. ¿Por qué razón habré dicho pues anteriormente que el cristianismo había recibido un golpe mortal? que no se repondría ya de él? (N. ED.)

(d) En efecto: la Francia podría llegar á ser impía ó indiferente en materia de religión, pero protestante, nunca. (N. ED.)

(e) ¿Por qué pues habré hablado del egoísmo de los sacerdotes? (N. ED.)

acaba de sufrir el clero, y es de presumir que por esta circunstancia durará algunos años mas que si se le hubiera dejado en reposo (f).

#### CAPITULO LI.

DEL CLERO EN ITALIA.

La multitud de órdenes monásticas que hay en Italia contribuye á sostener la superstición. ¿Quién creería que á fines del siglo xviii iban aun los nobles de Roma peregrinando descalzos, y la sogá al cuello para conseguir el perdón de algun asesinato? Mas como en todas las cosas hay siempre un principio de contrariedad, resulta que los lazos de la religión están por esa misma credulidad mas próximos á romperse.

En todos tiempos los italianos estuvieron divididos en dos sectas, la una de ateos y la otra de supersticiosos: ese parece ser el necesario resultado de su posición tan inmediata á los abusos y vicios de la corte de Roma (g). La degeneración del carácter moral, mas adelantada en Italia que en ninguna otra parte de Europa, será también una de las causas que acelerará la caída del cristianismo (h).

#### CAPITULO LII.

DEL CLERO EN ALEMANIA.

En Alemania es donde probablemente encontrará la religión su último asilo, porque en ese país se sostiene por la fuerza moral del pueblo, y por las luces y virtudes del clero. He visto venerables pastores predicar en la puerta de su campestre presbiterio á unos hombres honrados que al parecer estaban tan conmovidos con las sencillas razones de su pastor, que me creí trasportado á los tiempos en que el Dios de Jacob hablaba con los patriarcas en el borde de las fuentes.

#### CAPITULO LIII.

DEL CLERO EN INGLATERRA.

El cristianismo espirará en Inglaterra afectado de una profunda indiferencia. La razón de esa tibieza en materias de religión tan digna de notarse en aquel país, proviene de dos causas (1): del culto y del clero.

*Del culto.* No tiene la religión todas las formas exteriores necesarias: lo cual es un defecto general de todas las religiones reformadas: los ejercicios de piedad no son tan numerosos como debieran ser: en las poblaciones subalternas los templos permanecen cerrados durante toda la semana, y todo el culto exterior queda limitado á unas pocas oraciones en los días festivos. Johnson se queja con frecuencia de semejante costumbre, y en vista de ella predice la caída del cristianismo.

*Del clero.* El ministro inglés, rico y hombre de

(f) ¡Algunos años mas! Sin duda al escribir este párrafo me acordé repentinamente de lo que antes había dicho y para no ponerme en evidente contradicción conmigo mismo hice esa pequeña concesión de *unos pocos años!* (N. ED.)

(g) Algo de verdad hay en esas reflexiones, pero las generalizo demasiado. No habría debido confundir los diversos Estados de Italia con Roma, ni hablar de la corte romana en tiempo de Pio VI, Pio VII y Leon XII como si aun estuviera bajo la dominación de los Borgias. He confundido los tiempos, los hombres y las cosas. (N. ED.)

(h) Véase en refutación de este pasaje lo que he dicho en otras varias notas, particularmente en una donde he citado algunos pasajes del *Genio del Cristianismo.* (N. ED.)

(1) Hablo únicamente de causas religiosas y no políticas. Compréndese que viéndose cada cual obligado á atender á sus intereses mercantiles no tiene mucho tiempo que poder pasar en las iglesias.



de Jersey nos regalaba. En seguida nos llevó a ver la isla y el convento.

La mitad de la Graciosa sin mucha exageración me pareció habitada de frailes y el resto de los moradores debe indudablemente estar también unida a ellos por los más tiernos vínculos. Manifiesto esta opinión confirmando la no solo en lo que me contaron muchas mujeres, sino en observaciones, que habiendo sido

hechas por mí mismo, no me dejan la menor duda acerca de su veracidad. Paso por alto algunas graciosas escenas que aquí nos ocurrieron (1), y me limito a lo concerniente al clero.

Al anochecer nos sirvieron una excelente cena, y como para muestra de las bellezas de la isla se nos presentaron unas lindas jóvenes. Fácil es prever lo que allí sucedería; al llegar media noche ninguno de



VELA DURANTE LARGAS NOCHES JUNTO A SU LECHO SOLITARIO.

los convidados habría podido tenerse de pie. A las seis, nuestro fraile de Jersey nos dijo medio tartamudeando, y repitiendo cierto juramento inglés bastante conocido, que iba a cumplir con la obligación de su estado: le acompañamos a la iglesia, y en menos de cinco minutos quedó todo corriente. Muchos portugueses asistieron muy devotamente al santo sacrificio de la misa, y al volver observamos que la gente del pueblo que encontraba al fraile besaba su hábito con el mayor respeto. El descaro con que aquel marinero lleno aún de vino, y de vapores de la orgía daba su mano a besar fue cosa que me divirtió extraor-

dinariamente si bien en el fondo del alma no pudo menos de lamentar la estupidez humana.

(1) Dos rasgos pueden servir para probar a nuestros lectores la ignorancia, ociosidad y la especie de infancia en que aquellos buenos frailes se hallaban a fines del siglo XVIII.

Lleváronnos misteriosamente a ver el órgano de la parroquia pensando tal vez que nunca habíamos tenido ocasión de ver un tan raro instrumento. Sentóse con aire triunfal el organista al teclado y empezó a tocar un miserable retazo de canto llano dirigiéndonos miradas al soslayo como para ver el efecto que en nosotros iba a producir. Nosotros aparentamos una profunda admiración: así que acabó, T..... alargó

## CAPITULO LV.

### ¿CUÁL SERÁ LA RELIGION QUE REEMPLAZARÁ AL CRISTIANISMO?

Al concluir este abreviado compendio del politeísmo y del cristianismo se presenta una cuestión que puede formularse en estos términos. ¿Cuál será la religión que reemplazará al cristianismo (b)?

Por más interesante que sea esta cuestión no es posible casi resolverla con arreglo a los datos comunes. El cristianismo cae de día en día, y sin embargo no vemos que ninguna secta oculta circule secretamente por Europa, ni se halle en estado de poder invadir los límites de la antigua religión. Júpiter se hundió para siempre con todo su olimpo: la doctrina de Swedenborg, ó sea de los *iluminados* nunca podrá llegar a ser un culto dominante: podrá tal vez pretender un reducido número de individuos tener inspiraciones, pero no la masa de los individuos. También es absurda la suposición de que pueda existir un culto moral, en que se personificaran únicamente las virtudes como la sabiduría, el valor, etc.

La religión natural tampoco presenta probabilidades: el sabio puede tal vez adoptar su culto, pero la comprensión de la multitud nunca llegará a su altura: un Dios, la inmortalidad del alma, y las penas y recompensa, necesariamente suscitan en el pueblo la idea de un culto compuesto; por otra parte, nunca, como lo acabo de decir podrá levantarse el pueblo a la altura de esa metafísica.

¿Podrá suponerse que algún impostor, algún nuevo Mahoma, saliendo de las regiones de Oriente, avanzará hacia nosotros con el hierro y el fuego en la mano, y nos obligará a los cristianos, a doblar la

Habiendo embarcado nuestras provisiones á eso del mediodía regresamos á bordo de nuestro buque, constantemente acompañados de los buenos hermanos, que por último nos presentaron una enorme cuenta del gasto que habíamos hecho, y después de cobrada, y llevándose nuestra correspondencia con encargo de remitirla á Europa se separaron de nosotros con las mayores protestas de amistad. Habiéndose encontrado nuestro buque durante la noche en inminente peligro por haberse levantado una fuerte brisa del Este, se trató de virar el áncora; pero se perdió, como ya lo habíamos previsto. Tal fue el resultado de nuestra expedición.

Quiero creer que esas costumbres no son las que generalmente tiene el clero español y el portugués (1); aunque sabido es que no son de las más puras. En vista de ellas podría predecirse la ruina de la religión, si al mismo tiempo el pueblo no estuviera tan envilecido, y fuera tan supersticioso que apenas se concibe cómo podría encontrar en sí mismo bastante energía para sustraerse á los abusos que le devoran.

El cristianismo subsistirá por lo tanto mucho tiempo en España, á menos que algunas causas extrañas al país no contribuyan á acelerar su ruina.

Es digno de atención el que los frailes de la Graciosa hablasen también de las reformas que debían hacerse en sus conventos, sin duda tenían alguna noticia de lo que en Francia había ocurrido. Por lo tocante á la conducta del marinero de Jersey puede decirse que no carecía enteramente de imaginación, ni hasta de una especie de filosofía; por lo menos había sabido elegir su puesto más bien entre los engañadores, que entre los engañados, y obrando de este modo estaba seguro de tener en su favor el voto de una respetable mayoría de la sociedad (a).

modestamente la mano como para pulsar una tecla, y el organista dirigió sobre él una mirada de compasión, como quien dice: *no es para tí*, pero T se fue humildemente poniendo en posición y súbitamente hizo resonar en el órgano toda la armonía de un célebre pasaje de Pleyel. Difícil sería pintar la grotesca escena que aquel ex-abrupto produjo: el organista quedó como petrificado en el taburete, los frailes en el rostro pálido y desecado quedaron extáticos y con la boca abierta, en tanto que los legos nos andaban observando como uno de los más raros fenómenos.

La segunda anécdota no es tan divertida pero da una idea de lo que eran aquellos frailes. Presentáronnos un Padre cuyo aire reservado y lleno de importancia daba á entender que era el *Doctor* del claustro. Este venerable sacó de su manga un *Corazon de Jesús*, todo pintorroteado de signos cabalísticos. Mis compañeros no entendían nada de aquello, y al fin la curiosidad me hizo fijar la atención. Yo sabía leer algo el hebreo y ví que el buen Padre no había hecho más que copiar un versículo de la Biblia; mas como por no saber más había omitido los puntos que en ciertos casos suplen por sus posiciones relativas á las vocales, no había hecho más que amontonar consonantes, cuyo sentido nadie hubiera podido descifrar. Yo noté el error; me sonreí, pero no dije nada: poder leer aquellas palabras *Corazon de Jesús* en hebreo era ya demasiado y no me hubiera sorprendido que la inquisición hubiese tenido que entender en aquel caso de manifiesta brujería. Otro tanto pasó poco más ó menos cuando nos oyeron interpretar el *Cámoens* y algunos otros autores españoles.

(1) Como el mismo autor va á desmentir esta imprudente calificación en la nota final del capítulo, es inútil, que por nuestra parte tratemos de rechazar tan grosera calumnia del modo que se merece. (N. del T.)

(a) ¿Qué significa, que prueba esa escandalosa conducta del marinero de Jersey hecho fraile en las Azores? Nada absolutamente nada. ¿Qué tiene que ver el desenfreno de unos cuantos frailes en una isla en medio de los mares con la conducta del venerable clero español? Nada, absolutamente nada. Esa narración de mal género y que en todas sus cláusulas revela la inexperiencia de un joven, es un argumento hasta perjudicial para el sistema que me había propuesto; pero yo quería á todo trance hablar de mis viajes, y no pude contenerme, cual debía, en la descripción de la isla.

Una sola idea grave hay en ese relato, y es la de que en

España subsistirá por mucho tiempo el cristianismo con tal que algunas causas extrañas al país no aceleren su ruina. Digo también «porque se concibe cómo el pueblo español tan envilecido y supersticioso podrá encontrar en sí mismo bastante energía para sustraerse á los abusos que le devoran.» La guerra de la Independencia demuestra de un modo terminante que *ese pueblo se ve sobrado de energía para sacudir el yugo extranjero.*

Mas acertadas fueron mis profecías en el *Genio del Cristianismo*, cuando dije: La España, separada de las demás naciones, ofrece al historiador un carácter aun más original: la especie de estancamiento de costumbres en que reposa podrá serle útil algún día, y cuando los pueblos europeos se hallaran ya gastado por la corrupción, solo la España podrá erguir su cabeza, y volver á presentarse imponente en la escena del mundo, por la razón de que sus costumbres siguen siendo inalterables en el fondo. (*Genio del Cristianismo*, part. III, lib. III, cap. V.) Tampoco alcanzo la razón de haber querido á todo trance confundir á los españoles con los portugueses en ese capítulo del *Ensayo*, siendo así que ambos pueblos son muy diferentes entre sí. Habiendo tenido los ingleses desde la alianza de la familia de Lancaster con la casa reinante de Portugal, multiplicadas relaciones, han ejercido mucha influencia en las costumbres de ese pueblo. (N. ED.)

(b) Este capítulo tiene alguna semejanza con el último y tal vez el mejor, del *Genio del Cristianismo*, cuyo epígrafe es: *¿Cuál sería actualmente el estado de la Sociedad si el cristianismo no hubiese aparecido en la tierra?* Pero en el primero incurrió en el despropósito de suponer que el cristianismo se va extinguiendo, y en el otro supongo que nunca ha existido. Si esto fuese así, la posición de la sociedad nunca sería la misma en ambos casos, pues aun pudiendo ser destruido el cristianismo, siempre quedarían huellas de su paso entre los hombres, y su moral sobreviría á los dogmas. Sin embargo de este capítulo del *Ensayo* puede inferirse un hecho grave, y es el que considero como imposible que la sociedad pueda existir sin religión, y me espanta la idea de que esta pueda dejar de existir sobre la tierra. El principio de orden que va envuelto en esa idea es el contrapeso de todas las divagaciones á que me he entregado. (N. ED.)

rodilla ante su ídolo? Las armas de fuego nos han puesto á cubierto de semejante calamidad (1).

¿Surgirá de entre nosotros, cuando el cristianismo se haya completamente desacreditado, algun hombre que predique un nuevo culto? No se pierda de vista que en tal caso los pueblos seran demasiado indiferentes en materias de religion, y estaran demasiado corrompidos para hacer caso de los delirios del nuevo profeta: por lo tanto su doctrina moriria en nuestro siglo tan desprestigiada como la de los *iluminados*. Sin embargo, ó ha de existir una religion, ó ha de perecer la sociedad. Cuanto mas se examina esta cuestion tanto mayor es el terror que se apodera del alma: no parece sino que la Europa está abocada á una revolucion, ó mas bien á una disolucion, de la cual los trastornos de Francia no han sido sino precursores.

Otra hipótesis. ¿No sería tambien posible que los pueblos llegaran á un grado tal de luces y de conocimientos morales que no tuvieran necesidad de ningún culto? ¿No ha cambiado el descubrimiento de la imprenta todos los antiguos datos sobre el particular? El exámen de este asunto pertenece al sistema de perfeccion de que hablaré en otra parte, y sobre el cual no diré en este momento sino una palabra.

Cuando se reflexiona que la gran causa que con tanta frecuencia renovó la faz del mundo antiguo ha cesado ya enteramente, y cuando se considera que la Europa no debe tener temor de la irrupcion de los pueblos salvajes, se abre para el observador un inmenso campo de conjeturas.

¿Cuál será el destino de las futuras generaciones? Puede esta cuestion resolverse de dos modos.

O bien los pueblos, enteramente ilustrados por un prodigioso cúmulo de luces, se unirán bajo un mismo gobierno en un estado de felicidad inalterable;

O bien desgarrados interiormente por revoluciones parciales, despues de largas guerras civiles y de una anarquía espantosa irán simultáneamente cayendo en la barbarie. Durante aquellos trastornos, algunas naciones menos avanzadas en la corrupcion y las luces, se elevarán sobre las ruinas de las otras, hasta que les llegue la hora de perecer por las mismas causas que las anteriores; volverán las primeras á surgir nuevamente: volverán á caer, y así andará continuamente el género humano agitando en un eterno círculo de revoluciones.

Si de lo pasado podemos deducir algunas conjeturas para lo venidero, será preciso confesar que esta última solucion es la mas análoga á nuestra debilidad (a): si se me pregunta qué pueblos seran los pri-

(1) Esta ventaja será nula si los gobiernos cristianos tienen la locura de enseñar el arte de la guerra á los sectarios del Alcoran. Crimen sería ese de lesa-civilizacion que nuestros venideros, tal vez cargados de cadenas echarian en cara con lágrimas de sangre á cuatro miserables hombres de Estado de nuestro siglo. Esos mal llamados políticos no habrían hecho mas que invocar en beneficio de sus mezquinos sistemas á los fanáticos soldados de Mahoma, dándoles medios de vencer, y consintiendo que se les enseñara el arte de la guerra. Y no siendo la disciplina militar lo mismo que la civilizacion, no cabe duda que los bárbaros adoradores del Profeta pueden siendo dirigidos por oficiales renegados aprender á ganar batallas con las mismas reglas que los soldados cristianos.

El mundo mahometano bárbaro estuvo á punto de subyugar al mundo cristiano bárbaro. Sin el valor de Carlos Martel tal vez en la actualidad cubriria un turbante nuestra cabeza. El mundo mahometano *disciplinado* podrá poner en el mismo peligro al mundo cristiano *civilizado*. No se necesita para eso tanto tiempo como generalmente se piensa, diez años bastan para formar un buen ejército, y pues los cosacos, vasallos de czar han llegado á bañarse en el Sena viniendo desde las fronteras de la China, nada habria de extraño que los negros de Abisina, esclavos del Gran Turco vinieran á solazarse en el patio del Louvre. (N. ED.)

(a) No: el progreso de las luces es un hecho indudable;

meros en destruirse, responderé que seran los que se hallen mas corrompidos. Sin embargo, hay eventualidades y sucesos incalculables que pueden causar la ruina de una nacion antes de la época marcada por la naturaleza. Pero esas visiones políticas son demasiado inciertas: solo pueden servir cuando mas para satisfacer la inclinacion de nuestra alma que la induce á fijarse en perspectivas infinitas, y pues nada útil podemos aprender sobre el particular, dejemos de interrogar á los siglos venideros, demasiado distantes para que podamos oírlos, y cuya débil voz espira al remontarse hasta nosotros al través de la inmensidad del porvenir.

He llegado ya al término de la primera parte de mi empresa. He presentado al lector una historia casi completa de las revoluciones de la Grecia, consideradas en sus analogías con la revolucion francesa. Vamos ahora á dejar la sagrada patria de los talentos, para no volver ya á ocuparnos mas de ella. Si he sabido inspirar durante el viaje algo de interés al lector, espero que no se desdenará de seguirme en la correría que voy á hacer por Italia y por los pueblos modernos; pero antes es preciso decir un último adios á Esparta y Atenas, y tratar de resumir todo lo que hemos aprendido.

## CAPITULO LVI.

### RESÚMEN.

En la primera parte de este libro, primero hemos estudiado la *revolucion republicana de la Grecia*, examinado su influencia sobre las naciones contemporáneas, y seguido sus ramificaciones hasta perderlas de vista.

En la segunda parte de este mismo libro, comprendida bajo el título de *Revolucion de Filipo y Alejandro*, hemos fijado la atencion en los tiranos de Atenas, en Dionisio de Siracusa, en Agis de Esparta, en los filósofos griegos, en su influencia política y religiosa y en la historia del origen, progreso y decadencia del politeísmo: como paralelo de todos esos acontecimientos hemos presentado la Convencion francesa, los Borbones en su emigracion, Luis XVI en Paris, los filósofos modernos, la influencia que en su siglo ejercieron, y por último, hemos tambien presentado un apéndice histórico del cristianismo y del clero. La primera parte forma un todo compacto que se enlaza mutuamente y la segunda es un conjunto de documentos análogos no menos instructivo. Fáltanos, pues, ahora reconocer la altura en que nos hallamos y hasta qué punto hemos avanzado respecto del plan general del *Ensayo*.

Por de pronto nos hemos ocupado (y nos ocupare-

mos) como que ya no es posible, gracias al descubrimiento de la imprenta, que estas perezan por mas revoluciones que se supongan, el esplendor de aquellas irá siempre en aumento. No es posible suponer que esas luces, mas ó menos derramadas sobre la multitud, dejen de ejercer su influencia sobre la sociedad en general. ¿Podrá contarse la hipótesis de una destruccion casi completa del mundo civilizado por la guerra, ó por la peste? Advértase que América se ha civilizado á su vez lejos de la vieja Europa, y que por lo tanto sería preciso suponer que las naciones del nuevo continente habian de ser destruidas al mismo tiempo que las del antiguo. Hasta el espacio que la civilizacion ocupa en la actualidad sobre el globo es una nueva esperanza de que nunca podrá llegar á ser destruida. Fácil era que allá en los tiempos remotos hubiera perecido al impulso de una invasion de los bárbaros, porque entonces se hallaba únicamente reducida á los pequeños límites de la Grecia: pero en la actualidad, aun cuando fuera posible, aun cuando llegara á verificarse otra invasion de pueblos desconocidos cómo podrían los nuevos bárbaros recorrer para extinguir la civilizacion las cuatro partes del mundo y hasta las islas del océano Pacífico? (N. ED.)

mos aun por mucho tiempo) en la investigacion de estas cuestiones, á saber:

1.<sup>a</sup> ¿Cuáles son las revoluciones que durante otros tiempos han ocurrido en los gobiernos de los hombres? ¿Cuál era en aquellas épocas el espíritu de la sociedad, y cuál fue la influencia de esas revoluciones en la era en que se desarrollaron y siglos que las siguieron?

2.<sup>a</sup> ¿Habrá entre esas revoluciones alguna que por sus tendencias, ó por las costumbres y luces de su época pueda compararse con la revolucion francesa? Trátase ahora de saber si en realidad hemos dado algun paso hácia la solucion de estas cuestiones.

No puede negarse que hemos dado uno y de bastante consideracion: aunque este libro no constituya sino una pequeñísima parte del inmenso asunto de la obra, puede sin recelo ninguno decirse que la mayor parte de las cosas que algunos querian hacer pasar por nuevas en la revolucion francesa, han sido casi literalmente copiadas de la historia de la antigua Grecia. Hemos adquirido el importante conocimiento de que el hombre, en la limitacion de sus medios y de su genio, nada mas hace que repetirse eternamente; que se agita en un círculo cuya salida (a) procura en vano encontrar; que hasta los mismos sucesos no dependientes de la accion del hombre, y que al parecer estan enlazados con el mero capricho de la fortuna, no hacen tampoco mas que reproducirse eternamente: de manera que sería imposible componer un cuadro, en el cual todos los sucesos imaginables de la historia de un pueblo dado, se hallasen reducidos á una exactitud matemática, y aun cuando de la composicion de ese cuadro surge una inmensa variedad de cálculo, dudo que sus caracteres primitivos pudieran llegar á ser extremadamente numerosos (1).

¿Pero qué fruto podría sacarse de esa observacion en provecho de la revolucion francesa? Uno muy grande.

En primer lugar, cualquiera que se llegue á convencer de que nada hay nuevo en la historia, perdería la afición á las innovaciones, afición que yo considero como una de las mayores calamidades que en estos momentos afligen á la Europa. El entusiasmo, por lo tocante á este particular, proviene de la ignorancia; disípese esta y el otro se desvanecerá; el conocimiento de los hechos obra como un poderoso narcótico sobre la exaltacion.

Pero ademas de esa gran ventaja ¿quién no comprende que ese cuadro general de las causas, fines y efectos de las revoluciones conduce gradualmente á resolver la cuestion última que nos hemos propuesto por objeto

(a) No se agita el genio del hombre en un círculo del cual no puede salir. Antes por el contrario (prosiguiendo la alegoría) traza círculos concéntricos que cada vez se van haciendo mayores, y cuya circunferencia se aumenta sin cesar en un espacio infinito. Obstinándose en el *Ensayo* en juzgar lo presente por lo pasado deduzco muchas consecuencias; pero partía de un punto falso: en la actualidad niego la mayor de mi argumento, y todas aquellas consecuencias vienen al suelo. (N. ED.)

(1) Ese cuadro ó estado es fácil de componer y no sería un juego frívolo. En él podrían establecerse como principios dos clases de gobierno, el monárquico y el republicano, el hombre político y civil se encontrarían colocados en dos columnas: en la tercera se indicarian los diversos grados de ignorancia é ilustracion, y en la cuarta las eventualidades. Multiplicados todos esos números por las diversas pasiones como la envidia, la ambicion, el odio, el amor etc. se indicarian sus resultados en una quinta columna: todo eso vendría á resolverse en fracciones compuestas por los matices de carácter etc. Pero guardémosnos bien de trazar semejante cuadro: sus resultados serian tan terribles que ni aun me atrevo á suponerlos.

Idea ingeniosa pero enteramente inútil. En tiempo de la Calprenede y de la señorita Scuderi se hacian mapas de *La Ternura* que debian ser muy parecidos á mi estado de la política. (N. ED.)

de esta obra, esto es, á saber. «Si la revolucion francesa se consolidará? Vemos efectivamente pueblos que hallándose en igual posición que la Francia, han intentado las mismas cosas; viendo las razones que dieron buen resultado, ó hicieron fracasar sus proyectos; no habrá un motivo para conjeturar el establecimiento ó la caída de la república en Francia? Ya he dejado entrever mi opinion (b) por lo tocante á este asunto; mas aun no es ocasion de desenvolverla por completo, pues debe ser el resultado del conjunto de las revoluciones y no de una parte de estas. De todos modos es indudable que he seguido el único camino que conduce al descubrimiento de esta verdad, que interesa no solo á Europa, sino al resto de todo el mundo.

Debo hacer observar que el lector que desee formular un juicio exacto, no deberá descuidar un momento de emplear toda su cautela; porque es absolutamente necesario que considere los objetos bajo su verdadero punto de vista. Mucho menos se trata de la semejanza de la política y de los acontecimientos, que de la situacion moral del pueblo: las costumbres, ese es el punto que no se ha de perder de vista y la clave del libro del destino (c) Si repito con sobrada frecuencia esa palabra *costumbres*, es porque en realidad, son el centro en torno del cual giran todos los nuevos políticos: en vano pretenden desviarse; á su pesar tienen que describir en rededor su órbita; ó caer en un vacío sin límites, si acaso llegan á desprenderse de aquel centro comun de atraccion.

El segundo tomo de este *Ensayo* va á principiar con las revoluciones romanas (d), asunto que aun tiene mas magnificencia que el que acabamos de describir. Fácil es reparar que en cuanto me es dable, procuro variar la marcha de esta obra; pero todo asunto tiene sus defectos, y el de esta obra, á pesar de su grandiosidad, tiene el de caer en repeticiones. Procuraré, pues, escribir cada revolucion bajo un plan distinto de las otras como ya lo he practicado en las dos primeras partes de este libro.

Despues de haber demostrado lo que resulta de la lectura de este libro por lo tocante á la verdad general, paso á notar algunas verdades particulares que se pueden deducir acerca de la naturaleza del hombre considerada en sus relaciones morales y políticas; voy pues á presentarlas en el estado en que existen en mi manuscrito, en forma de pensamientos sueltos indicando únicamente el asunto que me las ha suministrado.

El hombre se compone de dos órganos diferentes en su esencia, sin relaciones en su poder: la cabeza y el corazón.

El corazón siente, la cabeza compara.

(b) Esta opinion indudablemente sería la de que la revolucion francesa no llegaría á consolidarse. En esta opinion habia tanto de verdad, como de mentira; la primera, porque la república debia transformarse en despotismo militar ó en monarquía templada; la segunda porque era imposible que la revolucion no dejara huellas en pos de sí. Finalmente lo que en particular podia llamarse inexacto en esa opinion era el querer sacar consecuencias de la sociedad antigua á la moderna y sacar comparaciones de hombres y cosas que ninguna relacion tienen entre sí. (N. ED.)

(c) Es cierto por lo tocante á los pueblos antiguos, pero no respecto de los modernos. He repetido mil veces esta observacion en el curso de la obra. (N. ED.)

(d) El *Ensayo* en la edicion de Londres no formaba mas que un volumen de 681 páginas. En la edicion actual el aumento á que se refiere esta nota formaría el segundo tomo, si alguna vez pudiera ocurrirse el continuar semejante obra. Es cierto que su continuacion obra en mi poder; pero las llamas me libraran de ella, salvando únicamente algunas páginas que emplearé en otra obra. Espanto me causa el considerar mi prodigiosa fecundidad. Preciso es que en mi juventud los dias tuviesen para mí mas de 24 horas: algun demonio alargaba sin duda el tiempo que yo empleaba en mi diabólica ocupacion. (N. ED.)